

por las numerosas fuerzas de Guatemotzin que, envalentadas con el triunfo, amenazaban de continuo destruir á los sitiadores. La otra marchaba á combatir contra una nacion belicosa y muy poblada (1).

Del éxito de la expedicion, pendia la suerte de las tropas sitiadoras. De la firmeza de éstas, el porvenir de los que formaban la expedicion.

El descalabro de uno, envolveria en su ruina al otro.

(1) «Bien sabíamos que era grande.»—Tercera carta de Cortés.

CAPÍTULO XXIX.

Vuelven á sus campamentos los indios aliados.—Resultado de la expedicion de Sandoval contra los matlatzinquez.—Se unen nuevas provincias á los españoles.—Llega á Veracruz un barco con armas y pólvora.—Heróica constancia de Guatemotzin.—Nuevo plan de Cortés en sus ataques á la ciudad.—Acuden millares de indios con azadas para destruir los edificios.—Desecha Guatemotzin las proposiciones de Cortés.—Varios combates en la ciudad.—Demolicion de muchos edificios.—Horrible hambre en los sitiados.—Cortés se apodera de un templo en que encuentra varias cabezas de los españoles sacrificados.—Ganan las tropas de Cortés la plaza de Tlatelolco.—Situacion penosa de los mejicanos y noble determinacion.—Se construye una catapulta.—Desafío entre un capitan mejicano y un paje de Hernan Cortés.

Habian transcurrido trece dias desde la derrota sufrida por los españoles en el asalto dado al mercado de Tlatelolco (1). El plazo de diez auroras señaladas por el oráculo, habia espirado (2).

(1) «Habian pasado cuando el desbarate de Cortés, doce ó trece dias.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Lo que los mejicanos decian que dentro de diez dias nos habian de matar.»—El mismo.

La promesa de los sacerdotes que habian consultado con los dioses, quedó sin realizarse. Los ataques á los campamentos, no habian dado otro resultado que la muerte de millares de aztecas. Los guerreros mejicanos quedaron tristes al ver desvanecida su esperanza. En cambio, los españoles se habian apoderado de algunas trincheras, habian cegado varias cortaduras, alcanzado algunas victorias y cogido numerosos prisioneros, entre los cuales se encontraban personas distinguidas.

Los jefes indios que, prefiriendo la muerte á la deslealtad se habian quedado al lado de los castellanos, quedaron convencidos de la impotencia de los ídolos, y orgullosos de haber hecho un esfuerzo heróico sobre sí mismos, para sobreponerse á la preocupacion general de sus compatriotas.

El jóven general texcocano D. Carlos Ixtlilxochitl fué el primero que, viendo desmentida la profecía de los sacerdotes mejicanos, y mas que nunca serenos á los españoles, envió á decir á su hermano Fernando, señor de Texcoco, que comunicase á los jefes texcocanos el resultado de la falsa prediccion, y que le enviase el mayor número de gente que pudiese. Dos dias despues, llegaban al campamento español dos mil guerreros texcocanos, que formaban la vanguardia de su ejército. Casi al mismo tiempo llegaron al campo de Pedro de Alvarado, los tlaxcaltecas, avisados por el bravo Chichimecatl de lo acaecido, y avergonzados de haber dado crédito á las palabras de sus odiados enemigos. El ejemplo de unos y otros fué seguido por los huexotzincos y los choluleses, y en breves dias se vió Cortés al frente de un numeroso ejército auxi-

liar que volvia resuelto á despreciar en lo sucesivo los oráculos aztecas.

Hernan Cortés envió un recado á los jefes aliados que se hallaban en sus campamentos respectivos, diciéndoles que se presentasen en el suyo, porque deseaba hablarles. Para evitar que los mejicanos pudieran atacarles, colocó una fuerza de caballería en el camino. Cuando estuvieron en su presencia, les trató con extrema amabilidad y se felicitó de verles reunidos. Por medio de sus intérpretes Marina y Gerónimo de Aguilar, elogió la conducta observada por Chichimecatl, los Jicotencatl, Ixtlilxochitl y otros jefes aliados que habian permanecido al frente del enemigo en los instantes de prueba; les dijo que habian cometido una falta grave, digna de un severo castigo, abandonando los puntos que les habian sido confiados; pero que se la perdonaba por el aprecio que les tenia y por los buenos servicios que habian prestado anteriormente. Añadió que al aceptar su cooperacion para poner sitio á Méjico, no tuvo otra mira que la de procurarles la satisfaccion de la venganza contra sus opresores y los ricos despojos que alcanzarian al apoderarse de la grandiosa capital azteca; que no tenia mas que palabras de elogio respecto del valor y eficacia que habian manifestado en todos los combates; pero que ya veian que sin su ayuda habian seguido el sitio, estrechando mas y mas á los mejicanos á los cuales no les quedaria al fin mas remedio que rendirse ó perecer, pues el auxilio principal y por quien alcanzarian la victoria, lo recibian los cristianos del Redentor del mundo. El general español terminó su breve discurso, felicitándoles porque habian borrado su falta al reconocer

su error, y diciendo que se alegraba infinito de su vuelta, pues así tendría la satisfacción de ver que los que habían participado de sus peligros, participaban también del triunfo y de la gloria (1).

Abrazó en seguida afectuosamente al esforzado Ixtlilxochitl, á los jóvenes Jicotencatl, al valiente Chichimecatl y otros jefes distinguidos de los que habían permanecido en los tres campamentos, y recomendando á todos que no matasen en lo sucesivo á ningún mejicano, pues anhelaba que pidiesen la paz, les dijo que volviesen á sus respectivos cuarteles (2).

La fortuna empezaba á sonreír de nuevo al caudillo español. La tempestad que por un momento parecía dispuesta á descargar su furia sobre el ejército sitiador había desaparecido. Los campamentos que se vieran por espacio de quince días solitarios, volvieron á verse animados por millares de escuadrones indios que ostentaban brillantes penachos y que invadían la campiña entera.

Todo era vida y animación en el campo sitiador; todo

(1) «Y les dijo que bien habían creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene así por haber servido á su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recibido, y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mejicanos, que su intento fué porque se aprovecharan y volviesen ricos á sus tierras y se vengasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado... é que ya les habían dicho y amonestado otras veces que el que nos da victoria y en todo nos ayuda es nuestro Señor Jesucristo.» —Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «E que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mejicanos, porque les quiere tomar de paz.» —El mismo.

esperanza y satisfacción. Los bergantines, dominando la laguna y auxiliados de millares de canoas de las ciudades aliadas, cruzaban en todas direcciones, impidiendo la entrada de víveres á la ciudad sitiada.

Entre tanto Gonzalo de Sandoval había obtenido un brillante éxito en su expedición contra los matlatzinquez. Desde que se aproximó al valle á que se dirigía, se unieron nuevos escuadrones otomites á los que llevaba, aumentándose su ejército á medida que avanzaba. Aldeas incendiadas y sementeras destruidas, indicaban el paso devastador de los matlatzinquez por los pueblos otomites. Los españoles, conjeturando por las señales desoladoras que veían, que los enemigos no debían hallarse á gran distancia, marchaban preparados para el combate. No se equivocaron. Pronto descubrieron un respetable ejército contrario, cargado con los despojos de una población que acababa de entregar á las llamas. Al ver á los españoles, dejaron el rico botín, á fin de estar libres para el combate, y se situaron en un punto ventajoso, á corta distancia de la margen de un río que atravesaba el valle. Gonzalo de Sandoval lo pasó con su gente, se arrojó al frente de la caballería sobre sus contrarios; y después de un reñido combate, los matlatzinquez fueron completamente derrotados. Los españoles y otomites persiguieron tenazmente á los fugitivos por espacio de tres leguas, matándoles dos mil hombres, hasta obligarles á encerrarse en su principal ciudad. Sandoval se dispuso atacarla, y los matlatzinquez, abandonándola, se refugiaron á una fortaleza situada en la alta cima de un fragoso monte. El ejército vencedor entró victorioso en la ciudad enemiga, saqueándola y po-

niendo fuego á sus edificios. Al siguiente dia marchó al asalto de la fortaleza, donde se esperaba que los contrarios opusieran una tenaz resistencia; pero los matlatzinquez no se atrevieron á esperar, y la dejaron abandonada.

Terminada así la campaña, Gonzalo de Sandoval dispuso regresar á Méjico, marchando por algunos pueblos que, creyendo en la promesa del oráculo, se habian declarado en favor de los mejicanos; pero no tuvo la triste necesidad de apelar á las armas. Los caciques se presentaron al jefe español pidiendo que les perdonase, y Sandoval les trató con la benignidad que le distinguia. Al verlos satisfechos y agradecidos, les suplicó que inclinasen á los gobernantes matlatzinquez á que formasen alianza con los españoles, ponderándoles las ventajas que de ella les resultaria, ventajas que nunca alcanzarían de los mejicanos.

Los caciques prometieron obsequiar su deseo, y Gonzalo de Sandoval, despidiéndose de ellos, continuó su marcha hácia Méjico.

Las expediciones de Andrés de Tapia y de Gonzalo de Sandoval, dieron resultados de importancia para Hernan Cortés. Cuatro dias despues de haber vuelto el segundo á su campamento, se presentaron al caudillo castellano algunos señores matlatzinquez y de los demás pueblos combatidos, solicitando la alianza de los españoles y manifestándose pesarosos de haber tomado las armas contra ellos.

La amistad de las nuevas provincias dejó á Hernan Cortés libre de enemigos por el continente, y le proporcionó considerable aumento en el número de guerreros que sitiaban la capital azteca.

Para que los favores de la fortuna fuesen completos,

llegó al puerto de la Villa-Rica un buque con armas y municiones. Pertenecia á una flotilla destinada á la costa de la Florida, y que mandaba el anciano y novelesco caballero español Ponce de Leon, que, en un tiempo, recorrió las islas, en busca de la maravillosa fuente del rejuvenecimiento y de la salud. La llegada del bajel fué de suma importancia para Cortés, pues tenia, como él dice, «extrema necesidad de pólvora y ballestas.» Comprado el cargamento por el comandante que mandaba en el puerto, fueron enviados inmediatamente al general castellano todos los objetos de guerra, quedando así en disposición de activar las operaciones del sitio, siguiendo un plan mas seguro y firme.

Mientras la fortuna prodigaba sus favores al caudillo español, los horizontes de la esperanza se habian cerrado para el valiente emperador mejicano Guatemotzin, y la tempestad de las desgracias rugia sobre la cabeza de los sitiados, amenazando su ruina. Los pueblos les habian abandonado; las provincias de donde habian esperado cooperacion y auxilio, acababan de aumentar las fuerzas de sus contrarios; las naciones que habian sido feudatarias del imperio, acumulaban sus escuadrones sobre la ciudad para destruirla, en venganza de la opresion en que les habian tenido los emperadores aztecas; no contaban mas que con los ejércitos encerrados en la capital; los víveres escaseaban, pues aunque tenian la horripilante costumbre de comer los miembros de las víctimas sacrificadas, no podian éstas proporcionar alimento al número considerable de tropas que defendian la ciudad, y el hambre se dejó sentir bien pronto, acompañada de todo el horrible cor-

tejo de calamidades que forman su espantoso séquito.

Pero ni el hambre, ni las enfermedades, ni el incendio, ni los estragos causados por las armas, desalentaban á los valientes defensores. En medio de la terrible tempestad que amenazaba aniquilar á la que habia sido señora del Anáhuac, se destacaba la notable figura de Guatemotzin, desafiando el peligro y conduciendo al combate á sus valientes compatriotas. «Nunca generacion ninguna, dice haciéndoles justicia Hernan Cortés, estuvo mas determinada á morir.»

Comprendiendo lo difícil que es apoderarse de una ciudad cuando los defensores están resueltos á perecer bajo sus escombros, y deseando sinceramente no verse precisado á destruirla, «porque era,» dice con entusiasmo el caudillo español, «la mas hermosa cosa del mundo,» quiso, antes de tomar una determinacion severa, procurar un avenimiento con los defensores. Envió, al efecto, á la presencia de Guatemotzin á dos nobles mejicanos, hechos prisioneros en una de las acciones, proponiéndole, por medio de ellos, la terminacion de las hostilidades. Le decia que no se obstinase en sostener un sitio que no daria otro resultado que la muerte de sus defensores y la desaparicion completa de la bella capital; que viese que el pais entero habia tomado las armas contra el imperio; que los socorros que esperaba de los matlatzinquez, no los conseguiria ya, puesto que habian hecho alianza con los españoles, despues de haber sido derrotados, y que viese que el hambre y la miseria que padecia la poblacion, serian suficientes para dar el triunfo á los sitiadores, aun cuando no hiciesen uso de las armas. Hernan Cortés terminaba ofreciéndole olvido

de lo pasado y dejarle gobernando á su pueblo, si celebraba la paz, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Para que se convenciese de que ningun auxilio podia esperar de los matlatzinquez, en quienes habia cifrado su esperanza, hizo que, con los enviados mejicanos, fuesen dos nobles de aquella nacion, que Sandoval habia hecho prisioneros, diciéndole que se informase de ellos mismos de la verdad de los hechos. «Si todos me abandonan, no me abandonarán mi deber ni mi esfuerzo,» contestó Guatemotzin. Luego, sin querer responder á las proposiciones de Cortés, mandó á los enviados y á los matlatzinquez, que saliesen inmediatamente de la ciudad. Pocas horas despues, tres fuertes divisiones aztecas, mandadas por los mas valientes capitanes, asaltaban á la vez, con imponderable furia, los tres campamentos españoles. Nunca se habian manifestado con mas arrojo que en esos momentos. «Parecia,» dice el soldado cronista, «que deseaban morir peleando.» Metiéndose por entre las espadas de sus contrarios, trataban de destruirles y hacerles prisioneros; pero atropellados por la caballería y acribillados por el fuego de cañon de los bergantines, se vieron precisados á retirarse, dejando considerable número de muertos en las calzadas.

Viendo Hernan Cortés que las proposiciones de paz eran contestadas con furibundos asaltos y que la resolucion tomada por Guatemotzin era morir antes que ceder de su derecho, tomó una determinacion que hasta entonces habia resistido adoptar: no avanzar un solo paso en las calles de la ciudad, sin dejar llano el terreno para poder acometer y retirarse sin temor de sufrir un descalabro.